

ORACION FUNEBRE

PRONUNCIADA EL DIA 16 DE FEBRERO EN LA
IGLESIA DE LA COMPAÑIA DE JESUS

POR EL

SR. DR. FEDERICO GONZALEZ SUAREZ

CON MOTIVO DE LAS SOLEMNES EXEQUIAS QUE

LA SOCIEDAD REPUBLICANA

DE QUITO

CELEBRO PARA HONRAR LA MEMORIA

DEL SR. DR. D. LEOPOLDO FREIRE

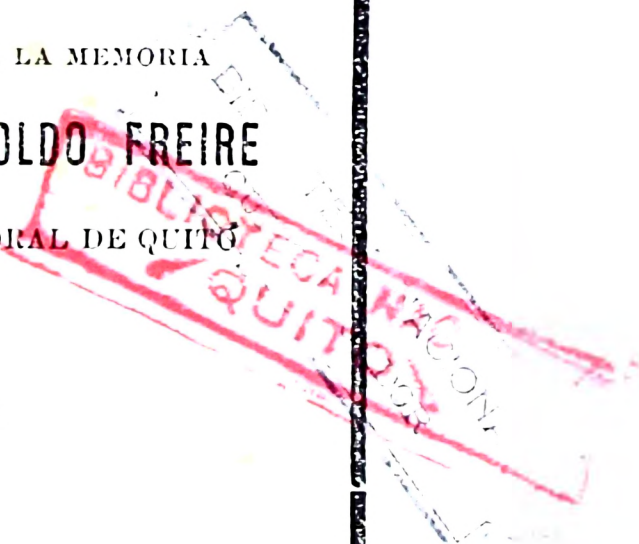
ARCEDIANO DE LA CATEDRAL DE QUITO



QUITO

"IMPRESA DE BOLIVAR," POR F. RIBADENEIRA

1889



sin estudio ni esfuerzo alguno, antes de una manera fácil, obvia y espontánea, se ofreció á mi memoria la sentencia de nuestro adorable Redentor que acabáis de oírme repetir: El humilde será ensalzado, *Qui se humiliat, exaltabitur*; y, aun cuando hubiera querido elegir otro texto, no habría podido, atendidas las circunstancias que han motivado este solemne oficio fúnebre.

¿Qué fin os habéis propuesto al congregarnos en este sagrado lugar? ¿Qué es lo que pretenden individuos de tan diversas condiciones poniéndose todos de acuerdo para honrar la memoria de un sacerdote modesto, que murió dando ejemplo de no comunes virtudes? Qué se intenta, qué se pretende, sino tributar un homenaje público y solemne de veneración á esas mismas virtudes? Podía haber un motivo interesado en reconocer públicamente los méritos de un muerto ilustre? De un muerto, que en el tiempo ya no puede hacer nada en pro ni en contra de la Sociedad que se empeña en honrarlo? ¡Ah! hoy es cuando á vuestra vista ha tenido cumplimiento la sentencia del Maestro Divino, porque el humilde ha sido ensalzado! El humilde, es decir el que en vida se tuvo á sí mismo en muy poco, siendo grande á los ojos de Dios: el humilde, es decir el que se reputaba á sí mismo como nada, estando lleno de merecimientos: el humilde, es decir el que rehusaba honores, y huía de la gloria, estimándose como oscuro é indigno de toda remuneración: el humilde ha sido ensalzado: se han reconocido sus méritos, se han encomiado sus virtudes, se han admirado sus ejemplos: la alabanza ha salido de todos los labios, porque no ha habido nadie que sea indiferente á sus merecimientos. La muerte le ha hecho justicia, dándonos ocasión para que, sin temor de mortificar su modestia, le elogiemos libremente, y nos

ocupemos en ponderar sus virtudes. El humilde se oculta, se esconde á sí mismo; invoca el silencio, llama en su auxilio la oscuridad, para sustraerse á las alabanzas mundanas: pero llega un día cuando la verdadera virtud echa de sí tal esplendor de merecimientos que se hace manifiesta y notoria hasta á los mismos enemigos, obligándoles á elogiarla. Pero, ¿para qué hablo yo ahora de enemigos, tratándose del Sr. LEOPOLDO FREIRE, sacerdote tan humilde, tan manso, tan de veras inofensivo?

Ardua cosa es, Señores, y hasta arriesgada para la conciencia eso de alabar á los muertos en el templo de Dios y desde la cátedra sagrada; pero ahora me tranquilizo, considerando que yo no voy á ser sino el intérprete de vuestros sentimientos; pues todo cuanto yo dijere lo aprobaréis vosotros en lo íntimo de vuestra conciencia, dirigida y gobernada en vuestros juicios por el criterio católico. Además, si allí en la eternidad, donde las almas viven de la vida de Dios, los muertos conocen algo de lo que los vivos decimos de ellos, el ilustre difunto no podrá menos de aprobar mis palabras, porque son la expresión sincera de la verdad, pura y sencilla. Pues, la verdad es la única alabanza digna de los muertos, porque la verdad y solamente la verdad es agradable á Dios. Y no es poca satisfacción para mí poder hoy pagar al amigo querido el tributo de mi alabanza á sus raras virtudes, pues sé que, elogiando al amigo, doy gloria á Dios, autor y consumidor de toda virtud.

Todo el elogio del Señor Leopoldo Freire lo resumo y compendio en esta sola verdad, á saber: que fué buen sacerdote. ¿Os parece, tal vez, demasiado sencilla mi proposición? Confiado en vuestra benévola atención, principiaré inmediatamente á desenvolverla.

I

¿Qué es un sacerdote? ¿Cuál es el fin del sacerdocio? ¿Cómo se explica su institución en la sociedad? Ved aquí cuestiones de vital importancia, y en cuyo estudio suele detenerse muy de paso la indocta superficialidad moderna, contentándose con resolverlas magistralmente, sin haberlas ni siquiera comprendido.

El hombre, criatura racional y libre, es un sér débil, limitado y contingente; debe reconocer su absoluta dependencia respecto de Dios, su Criador, y satisfacer la deuda de amor, de alabanza y entera sumisión á la voluntad divina, á que está obligado. El hombre es además un sér esencialmente social; pues, sin la sociedad, no podría ni existir ni conservarse. Por esto, la sociedad ha sido criada é instituida por el mismo Dios, para que el hombre, mediante ella, se conserve, se mejore, se perfeccione y alcance los destinos eternos, que son su fin sobrenatural.

A estas verdades tan claras, tan evidentes, á estas enseñanzas del sentido común, la Religión cristiana añade nueva luz y las completa y perfecciona, haciéndonos conocer cómo el hombre no está ahora cual salió de las manos de Dios, sino que se halla deteriorado, trastornado y en estado de verdadera ruína moral, por la transgresión de nuestro primer padre. El hombre debe, pues, á Dios no solamente el homenaje de su amor, de su alabanza y de su obediencia, sino también la satisfacción por la injuria irrogada á su Criador, y el ultraje cometido contra su Hacedor. El linaje humano es culpable, y debe ante todo pedir perdón á Dios y satisfacer á Su Majes-

tal infinita ofensa: el culto exige, por tanto, de parte del linaje humano un sacrificio de expiación, sacrificio en el que sea inmolada una víctima digna de ser aceptada por Dios.

Esa víctima ha sido sacrificada: fué el mismo Unigénito de Dios Padre, hecho hombre por amor á los hombres: representando á todo el linaje humano, tomando sobre sí los pecados de todos nosotros, Jesucristo se ofreció á sí mismo, como víctima de expiación por todos los hombres: fué el sacerdote y la víctima; Él mismo el sacrificador y el holocausto: y ese sacrificio de su propio cuerpo y sangre adorable, que ofreció una vez en el ara santa de la cruz, es el que quiso que fuera ofrecido sin cesar, de un modo in-cruento, en todas las partes del mundo, y en todos los instantes del tiempo, hasta la consumación de los siglos. Ved ahí, Señores, la institución del sacerdocio.

El verdadero sacerdote, el verdadero y único Pontífice del linaje humano, es Jesucristo, el Hombre-Dios, mediador entre el cielo y la tierra: nuestro sacerdocio no es sino una participación del sacerdocio eterno de Jesucristo, y en nuestros altares sacrificamos la misma víctima que ofreció Jesucristo, es decir su mismo cuerpo adorable y su sangre divina.

El sacerdote está constituido como mediador entre Dios y los hombres, entre Dios y el pueblo; recibe los votos del pueblo y los presenta á Dios; conoce la voluntad divina y la intima al pueblo. Pero ¿quién presumirá ser mediador entre Dios y el pueblo, si el mismo Dios no lo elige y segrega de entre todos los demás hombres, para confiarle semejante cargo? ¿Cómo se atreverá á presentarse delante de Dios el que no es llamado por Dios? ¿Cómo se interpondrá entre Dios y el pueblo

quien no sea muy acepto á los ojos de Dios? El ministerio de sacerdote exige, pues, necesariamente la elección, la designación, el llamamiento divino: ser escogido, por parte de Dios; y procurar, por parte del hombre, corresponder á la vocación divina; hé ahí todo el secreto de la grandeza del sacerdocio.

El ilustre sacerdote, cuyas virtudes nos hemos propuesto elogiar ahora, llamado por Dios al estado eclesiástico, se conservó durante toda su vida fiel á su vocación.

Vió la luz primera en el seno de una familia, noble por la limpieza de la sangre, y mucho más noble por la pureza de sus costumbres: dotado de índole apacible y carácter generoso, de ingenio vivo y de talento notable, en todas partes se hizo estimar de cuantos le trataban; y ya en los primeros años de su juventud presagiaba lo que había de ser en la edad madura. En lo secreto de su conciencia había oído la voz de Dios, que le llamaba al sacerdocio; pero temía acercarse al altar, y hasta casi había resuelto alejarse del santuario para siempre, aterrado por la alta idea que se había formado de la santidad del estado sacerdotal; cuando la voluntad divina le fué manifestada á las claras en el precepto terminante que le impuso de recibir las órdenes sagradas el respetable Señor Dr. D. Francisco Javier Garaicoa, entonces Arzobispo de Quito. El joven levita recibió la unción sacerdotal y se dedicó á trabajar por la gloria divina, esparciendo en todas partes el buen olor de las virtudes, que San Pablo, tan profunda como hermosamente, llama la santa fragancia de Jesucristo, *Bonus odor Christi*.

Cuando Dios quiso en la antigua ley elegir á Aarón por sumo sacerdote del pueblo escogido, se dignó manifestar la vocación y elección divina con un milagro: la vara seca de Aarón puesta en el tabernáculo del Señor, reverdeció de repente, cu-

brían cose á un mismo tiempo de hojas frescas, de flores blancas muy vistosas y de frutos ó almendras maduras. Este milagro tiene una significación mística y fué como un anuncio misterioso de las excelencias, con que había de distinguirse el sacerdocio de la ley evangélica. Notad, Señores, que la única que floreció fué la vara de Aarón; las demás quedaron secas y estériles; para que nadie presume ejercer el ministerio sagrado, si no es elegido y llamado por el mismo Dios. El sacerdote, de suyo frágil y miserable, así que recibe con la unción divina la gracia de su ministerio, brota hojas frescas de palabras santas de buena doctrina y ejemplar conversación, se engalana con hermosas flores de virtudes de pureza y castidad, y el que de su propia cosecha no tenía más que aridez y miseria, da obras ejemplares de caridad y abnegación. ¡Oh! Sacerdocio católico! ¡Oh! maravilla de santidad en la Iglesia de Jesucristo! Aquel, á quien el Altísimo se digna predestinar para constituirlo por mediador entre Dios y el pueblo, no puede menos de recibir gracias sobrenaturales en abundancia!

Según mi juicio, dos son las virtudes de que principalmente debemos estar enriquecidos los sacerdotes: la humildad y la mansedumbre. El modelo de toda santidad, el sacerdote por excelencia, el Pontífice eterno, el Hombre Dios, Jesucristo se propuso á sí mismo como ejemplar y modelo perfectísimo de estas dos virtudes, de la humildad y de la mansedumbre; y aunque en su persona adorable resplandecían á maravilla todas las virtudes, no sin misterio recomendaba el Maestro divino que aprendiésemos de Él la humildad y la mansedumbre de corazón. La humildad es la virtud característica de los ángeles y debía serlo también de los sacerdotes de la ley evangélica; pero nuestra humildad ha de ser noble, sincera: nos debe nacer del

corazón, huyendo de la abyección y del apocamiento; por eso el sacerdote verdaderamente humilde es magnánimo, constante, generoso y enérgico, pues no hay virtud que así comunique vigor á las almas, como la humildad.

Ninguna virtud sacerdotal parece que cultivó con mayor esmero el Señor Leopoldo Freire, que la humildad: su humildad no consistió en meras palabras ni en frases sumisas de hipócrita y mal disimulada soberbia; amó de corazón la humildad, y tan de veras la practicó, que nos ha dejado admirables ejemplos de ella. Los elevados cargos de la jerarquía eclesiástica suelen tener cierto brillo seductor que fascina á las almas débiles, haciéndoles seguir como voluntad divina los engañosos consejos de su ambición.

Señores, el Señor Freire no fué á llamar á la puerta de los potentados, para que le dieran una mitra deshonrada; se mantuvo lejos de los hombres, para estar más cerca de Dios, y los honores y las dignidades le fueron á buscar en su humildad, y con ella los rechazó, renovando para la iglesia ecuatoriana los hermosos días de los tiempos primitivos del Cristianismo, cuando á varones egregios era necesario compelerlos y hacerles violencia para que empuñasen el báculo pastoral. ¡Felices tiempos! Más felices rebaños, dignos de semejantes pastores!

Retirado vivía, llevando la modesta vida del santuario, el Señor Freire cuando una asamblea legislativa, de acuerdo con todos los prelados del Ecuador, lo eligió para el Obispado de Ibarra, que renunció inmediatamente á los pies de Pío IX: años después, fué presentado para el Obispado de Riobamba, y León XIII le hizo saber su deseo de que aceptara el gobierno de aquella iglesia, cuyos fieles se reputaban ya dichosos con la esperanza de te-

arrollo por pastor : pero supo representar al Papa con tanta eficacia, que logró que le fuera admitida la renuncia que hacía de la tercera mitra, con que se había intentado premiar sus méritos. Digo la tercera mitra, porque ya antes había sido presentado para el arzobispado de Quito.

El primer magistrado de la República en 1882 lo designó para esa tan encumbrada dignidad : el Representante de la Santa Sede lo acogió gustoso y satisfecho ; pero el humilde sacerdote rehusó : instado, pidió tiempo para deliberar, imploró las gracias del cielo y renunció terminantemente el arzobispado. Mas entonces se estableció una competencia entre el celo del Delegado Apostólico y la humildad del benemérito Arcediano de Quito : el uno apretándolo á que aceptara el cargo y la dignidad de Arzobispo ; y el otro inflexible en renunciar : y tanto insistió y tanto rogó y tan elocuente fué su modestia, que salió triunfante, aceptándosele la renuncia del arzobispado. Jueces imparciales reconocían su mérito, y él era el único que se reputaba indigno. ; No es verdad que para esta nuestra iglesia del Ecuador se renovaron entonces los hermosos días de los primeros siglos del Cristianismo ? ; Cuán justo no es, por eso, honrar la veneranda memoria de un sacerdote tan ilustre ! ; Ilustre, porque fué modesto ; grande, porque fué humilde ! . . . Y no rehusaba el obispado por miedo de los padecimientos, que acompañan al cargo pastoral, cuando se sabe ejercerlo con verdadero espíritu evangélico, sino porque se horrorizaba de llevar sobre sus débiles hombros el peso de una cruz, bajo la cual han gemido los santos.

¿ No sería humilde el sacerdote que desdeñaba hasta la pura y codiciada gloria de escritor, sin querer jamás publicar su nombre en trabajos literarios, llenos de doctrina y diestramente elabo-

rados? Elocuente en la cátedra del Espíritu Santo, lógico en la polémica, hábil y ameno en sus escritos, se daba por satisfecho con hacer el bien, sin buscar recompensas caducas en este mundo.

¡Humildad, verdadera humildad, santa virtud de la humildad, tan querida del Corazón de Jesucristo, yo os invoco, yo os conjuro!... Sed la virtud característica, sed la virtud predilecta del sacerdocio ecuatoriano!!... ¡Quién inmola la Santa Eucaristía cómo no será humilde!!... ¡Cómo ser soberbio tan cerca, al lado mismo de Jesucristo!!... .

II

La virtud de la humildad, señores, perfecciona al sacerdote directamente en sus relaciones con Dios; la virtud de la mansedumbre lo santifica principalmente en sus relaciones con los prójimos.

Hay dos clases de ministerios sacerdotales; con los unos el sacerdote trabaja por la salvación de las almas, ayudándoles á conseguir su fin sobrenatural: los otros están enderezados al bien de la sociedad, al bien del pueblo, cuyos intereses morales se han encomendado de una manera muy especial á la vigilancia y celo del sacerdote, porque la institución del sacerdocio es eminentemente social.

Para cumplir entrambas clases de deberes, el sacerdote católico ha de procurar revestirse del mismo espíritu de Jesucristo, y encender y atizar en su pecho esos dos amores, en que ardía el Corazón del Redentor, el celo por la gloria de Dios Padre y la misericordia para con los hombres.

Según el piadoso Padre Faber, Dios mira á la tierra al través de la sangre adorable de Jesucristo, que fué el precio infinito de nuestra redención; y como nos mira así desde ese, que pudiéramos llamar el punto de vista de Dios, aunque seamos rui-

nes y miserables pecadores, aparecemos preciosos á los divinos ojos. En ese mismo punto de vista se coloca también el sacerdote, para considerar á los hombres y entrar en relaciones con ellos ; mientras vivimos en este mundo, no nos es lícito tener como réprobo á ninguno de nuestros prójimos, y á todos y á cada uno debemos mirarlos como una conquista de la sangre de Jesucristo. ; Ay ! de aquel sacerdote que no sienta arder en su pecho el amor sobrenatural de las almas ! El buen sacerdote ha de profesar odio irreconciliable al error, no ha de hacer jamás paces con él ; pero ha de guardarse muy bien de aborrecer á los que yerran, á los que están extraviados ; hay una pobreza moral, hay una hambre de verdad que padecen muchas inteligencias, atosigadas desgraciadamente por opiniones erradas y doctrinas absurdas : á éstas les negará el sacerdote el alimento de vida, la pura doctrina católica ?

Ni vayáis á confundir jamás la mansedumbre con la debilidad, ni la caridad cristiana con la condescendencia. ~~Nuestro virtuoso difunto conservó siempre una paz inalterable en su alma : tenía á raya sus pasiones y, sin perder nunca de vista el precio infinito de las almas, trataba á todos con ejemplar blandura y mansedumbre ; medido en palabras, culto y noble en sus modales, con una somisa de sinceridad en los labios, se anticipaba á honrar á todos, haciendo simpática la virtud y amable el sacerdocio. ; Quién jamás oyó de sus labios una palabra dura ? ; A quién reprendió alguna vez airado ? Siempre fué buen súbdito ; y, por eso, sin duda ninguna, habría sido buen prelado, capaz de atraer sobre su grey las bendiciones del cielo.~~

Decía, señores, que el sacerdocio es una institución social, y ahora añado que es una institución

no sólo eminentemente sino esencialmente social. El Señor Leopoldo Freire fué párroco en varias parroquias del campo, fué director de la juventud en varios colegios así en Riobamba como en Quito. Y ¿habrá ministerios más eminentemente sociales por su naturaleza, que los de cura y los de preceptor de la juventud? ¿Qué es un cura? Es el árbitro de las conciencias en su pueblo! En su mano está, por lo mismo, la suerte de la sociedad. El cura es para su pueblo un consejero, un maestro, un juez: confidente de secretos íntimos, ha de intervenir de una manera eficaz en el bienestar, en la paz, y también en la desgracia de su pueblo.

Y el director de la juventud, ¿no tendrá en su mano el porvenir de la sociedad? Por esto, el sacerdote debe revestirse del espíritu de Jesucristo, pues no sin grande verdad los Santos Padres han llamado al sacerdote otro Jesucristo, *Sacerdos alter Christus*.

Pueblos de Chambo, de San Andrés, decid los beneficios que debisteis á la influencia pacífica, que en la sociedad ejercía con sus virtudes y con su ilustración el Señor Dr. Freire, cuando fué vuestro cura: la memoria de un buen párroco se trasmite bendecida de generación en generación: donde quiera oiréis aclamar con elogio el nombre del Señor Dr. Freire llamándolo buen sacerdote; y lo aclaman los pobres, los desgraciados, es decir los mejores amigos de Dios. ¡Feliz el sacerdote que haya sabido merecer el amor de los pobres y de los desgraciados, pues habrá brillado en él un reflejo de la misericordia y de la bondad divina!

Cuando el fuego de la ira divina se encendió contra los enemigos de Aarón y principió á devorarlos, Aarón se acercó al altar santo, tomó fuego sagrado, puso incienso en el incensario y se lanzó precipitadamente al medio de las llamas, para sal-

var la vida de sus adversarios, de sus émulos, de los que habían conspirado contra su sacerdocio. Ved ahí retratada la conducta del sacerdote para con sus enemigos: rebotando en caridad y dirigiendo humildes y fervorosas plegarias al cielo, se sacrifica si es necesario por salvar la vida del cuerpo, ó la vida del alma, (que es todavía más preciosa que la del cuerpo), sin hacer acepción de personas, con tal de ganarlos á todos para Jesucristo.

El Señor Dr. Leopoldo Freire intervino también en la administración de la cosa pública, desempeñando altísimos cargos en nuestra nación: fué varias veces miembro de las asambleas legislativas é individuo del Consejo de Instrucción Pública y del Consejo de Estado. ¿Faltaría á sus deberes de sacerdote, aceptando estos cargos? Practicaría un acto de virtud, de esa virtud cristiana que se llama patriotismo, al aceptarlos? Porque el patriotismo es virtud cristiana, señores; y ¿cómo no lo ha de ser, si es la práctica generosa y universal de la caridad fraterna? Pero, talvez me argüiréis, diciéndome: El sacerdote no debe tomar parte en la política: el sacerdote no debe intervenir de ninguna manera en el manejo de la cosa pública.

Señores, el asunto es grave: os pido un momento de atención: escuchadme benévolamente.

¿Qué es política? ¿Qué entendemos por política? ¿Será asociarse para trabajar, con fuerzas unidas, por el engrandecimiento de un individuo, por el medro temporal de los asociados? No: eso no es ni puede ser política. ¿Será poner los medios para encumbrarse á los altos empleos y á los destinos lucrativos de la nación? ¡Ah! No: eso ni es ni puede llamarse política. Política es un conjunto de máximas de gobierno, con las que se forma un plan ó sistema para la dirección de la sociedad.

Dios es el criador del hombre y el autor y fundador de la sociedad: el hombre tiene un fin sobrenatural: y, como la sociedad ha sido instituida para el bien del hombre, es claro que el fin de la sociedad no puede menos de estar subordinado al fin último del hombre, pues de otro modo la sociedad sería un mal, sería ruinoso para el hombre. ¿Podremos admitir semejante contradicción en las obras de la infinita Sabiduría? ¿Lejos de nosotros el imaginarlo siquiera ni por un momento!

No puede, pues, en ningún caso la política prescindir de la moral; por el contrario, es indispensable que sea una consecuencia práctica de la moral cristiana, ó la misma moral evangélica aplicada al gobierno de los pueblos, procurando para éstos todos los bienes temporales, sin mengua ni quebranto de los bienes eternos, de los intereses sobrenaturales. Las leyes, las instituciones políticas, las costumbres sociales han de estar fundadas en la moral cristiana, porque hemos de ser católicos sinceros en lo íntimo de la conciencia, y en lo secreto de la vida doméstica, y en las agitaciones de la vida civil y política. Debe, por tanto, el sacerdote velar por la observancia y la guarda de la moral en la sociedad, condenando el error donde lo encontrare, enseñando la verdad, aconsejando lo bueno, poniendo en el camino recto á los que se extraviaren y guiando, con perseverancia, hacia la patria celestial á los que vamos peregrinando por entre escollos y contradicciones. ¿Podrá ser el sacerdote indiferente al bien de las almas? Podrá mirar impassible el daño que opiniones, de suyo prácticas y que influyen sobre las costumbres, hacen á la moral? . . .

La verdad es la vida de los pueblos, y ningunos labios deben custodiarla mejor que los del

sacerdote. Tristes de los pueblos, donde los sacerdotes tienen miedo de decir la verdad, y se la retienen cautiva en injusticia, según el enérgico lenguaje de San Pablo. Callar cobardemente la verdad sería hacerse reo de la condenación de las almas. El sacerdote es deudor de la verdad á los pueblos, y á los magistrados; á los sabios y á los ignorantes; á los pequeños y á los grandes. La verdad anda camino difícil y rara vez llega á los oídos de los poderosos, porque siempre á los poderosos les hacen la corte la vil lisonja y la abyecta adulación, enemigas de la verdad.

El sacerdote habla la verdad, sin interés, sin ambición: enseña lo verdadero, defiende lo justo: el eminente eclesiástico, á quien honramos ahora, era de todos escuchado con respeto, porque todos estaban convencidos de su virtud, pues el criterio moral de su clara inteligencia no podía ser torcido por ninguna pasión: ¿qué pasión podía haber en quien llevaba hasta el heroísmo el desinterés y el desprendimiento de todas las grandezas terrenas? Con el más sincero patriotismo, con la más desapasionada conciencia, ¿no le será lícito al sacerdote tomar parte en la administración de la cosa pública? ¡Ah!, señores, la sociedad no puede tener más que un fundamento, uno solo, que es Jesucristo: sobre esta única y grande piedra angular se debe levantar el edificio social; sobre esta base, sí, sobre ella: no al lado, os diré con un doctísimo Obispo francés, (1) no junto á ella sino sobre ella: el que no edifica sobre Jesucristo demuele: todo edificio que no esté fundado sobre Jesucristo vendrá al suelo necesariamente, y sobre sus amontonadas ruinas se eruirá el espectro desolador de la anarquía.

(1) Monseñor Pié.

¡Oh! Hermanos míos, levantemos el edificio social, levantémoslo en buenahora, pero levantémoslo sobre la incommovible piedra angular del Evangelio, porque, como nos advierte el Apóstol de las naciones, nadie puede poner otro fundamento, fuera del que ha sido puesto por Dios, que es Cristo Jesús. *Fundamentum aliud nemo potest ponere prater id quod positum est, quod est Christus Jesus* (1). En el regazo maternal de la Iglesia ha sido formada la civilización, y la mejor salvaguardia de las patrias libertades es la cruz, la santa cruz de Jesucristo !!

III

No basta, señores, haber vivido bien; es necesario morir bien, saber morir con la muerte de los buenos. El Señor Freire vivió como buen sacerdote y murió como buen sacerdote. ¿Cuál es la muerte de los buenos sacerdotes? ¿Cuál será el ideal, dirémoslo así, de esa muerte?

Un insigne sacerdote francés de nuestros tiempos ha dicho que la muerte debe ser para los sacerdotes la celebración de su última misa. La muerte del Hombre-Dios fué la primera misa que se celebró en el mundo: la naturaleza sumida en santo estupor fué testigo de esa misa, que el Redentor estaba ofreciendo en el patíbulo de la cruz, entre dolores inauditos y afrentas imponderables; allí le iba inmolando el cuchillo de su misma caridad, por la que se estaba sacrificando por la redención del mundo.

Suspendido Jesucristo entre el cielo y la tierra, el globo servía como de pedestal á la cruz, y nuestro planeta había venido á ser el altar de la creación entera, y con la inmólación de tan divino

(1) Epístola 1.^a á los de Corinto, cap. 3.^o, ver. 11.

sacrificio todo lo criado volvía á Dios, de donde había salido.

Morir desprendido de todo afecto terreno, morir en la más consumada pobreza, desnudo de todos los bienes terrenales, y morir, sobre todo, recostado en la cruz del sacrificio y de la resignación, complaciéndose en que se cumpla en uno la voluntad divina, hé ahí cual es la buena muerte de un sacerdote. Aquejado por agudos dolores los últimos años de su vida, pasados en prolija enfermedad; sin que las molestias que atormentaban su cuerpo fuesen parte para hacerle alterar la mansedumbre de su carácter, constantemente suave y bondadoso, vió el Señor Freire aproximarse su fin con santa resignación: hizo una pública y solemne entrega de sus escasos bienes, mandando devolverlos á la Iglesia, de quien los había recibido, y, recostándose en la cruz de sus agudos é intensos dolores, rindió su espíritu al Criador, cuando aún no había llegado más que á la mitad de la vida. ¿Qué retribuiré al Señor, pudo decir entonces con el Salmista, que le retribuiré por todos los beneficios que de su liberal mano he recibido? *Quid retribuam Domino pro omnibus quae retribuit mihi*; tomaré el cáliz de la muerte, que es para mí el cáliz de salvación, *calicem salutaris accipiam*; y sacrificaré mi propia vida en alabanza de mi Criador, *et sacrificabo hostiam laudis* (1). De esta manera hasta la muerte misma del sacerdote da gloria á Dios.

Los pobres honraron con sus lágrimas de dolor y de agradecimiento los funerales del humilde sacerdote, cuyos méritos ha proclamado á una voz la sociedad entera, bendiciendo su memoria, porque el humilde no podía menos de ser ensalzado.

(1) Salmo 115, versos 5 y 7.

